

A C A N T I L A D O

Helen Oyeyemi
El señor Fox

TRADUCCIÓN DE MARÍA BELMONTE



EL SEÑOR FOX

HELEN OYEYEMI

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MARÍA BELMONTE

ACANTILADO
BARCELONA 2013

©

TÍTULO ORIGINAL *Mr. Fox*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2011 by Helen Oyeyemi. Todos los derechos reservados
© de la traducción, 2013 by María Belmonte Barrenechea
© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-15689-63-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 6991-2013

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
julio de 2013



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o

electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos

*Para mi señor Fox
(Quienquiera que seas)*

En la oscuridad, se preguntaron si iban a lograrlo, y
supieron que lo tenían que intentar.

MARY OLIVER

Mary Foxe vino el otro día: era la última persona en la tierra a la que esperaba ver. De haber sabido que venía, me hubiera acicalado un poco. Me habría peinado y afeitado. Menos mal que me había puesto un traje; me esforcé por tener un aire profesional. Estaba sentado en mi estudio, escribiendo a duras penas, limitándome a poner palabras sobre el papel, a la espera de que se me ocurriera algo bueno, una frase que pudiera conservar. Ese día me estaba llevando más tiempo de lo habitual, pero no me importaba. Las ventanas estaban abiertas. Sonaba algo de Glazunov; tiene una sinfonía que sencillamente no se puede escuchar con las ventanas cerradas, así de claro. Bueno, igual sí se puede, pero a costa de ponerse muy nervioso y de darse contra las paredes. Aunque tal vez sólo me pasa a mí.

Mi mujer estaba en el piso de arriba. Mirando revistas o pintando algo, vaya usted a saber lo que hace Daphne. Pasatiempos. En mi estudio la sinfonía sonaba al máximo volumen, pero eso no era nada nuevo y ella nunca se había quejado por el ruido. No se queja de nada de lo que hago; es físicamente incapaz de hacerlo. Se lo dejé bien claro desde el principio. Le dije con toda sinceridad que una de las razones por las que la amaba era porque nunca se quejaba. Así que ahora se cuida mucho de hacerlo.

El caso es que había dejado la puerta del estudio abierta y Mary se había colado. Sonreí dulcemente sin levantar la mirada y murmuré «Hola, cariño...» creyendo que era Daphne. Hacía un rato que no la veía y, que yo supiera, Daphne era la única persona que había en la casa. Como no respondió, levanté la vista.

Mary Foxe se acercó a mi mesa alargándome la mano. Quería que nos la estrecháramos. ¡Estrecharnos la mano! Mi largo tiempo desaparecida musa se presentaba como si tal

cosa para un apretón de manos. Le lancé el teléfono. Lo levanté de mi escritorio—el enchufe escupió el cable que lo conectaba a la pared—y se lo arrojé. Ella lo esquivó limpiamente. El teléfono aterrizó en el suelo junto a la papelería y tintineó durante unos segundos. Creo que fue un lanzamiento poco entusiasta.

—¡Vaya genio!—exclamó Mary.

—¿Cuánto tiempo ha pasado: seis, siete años?—pregunté.

Acercó una silla de un rincón de la habitación, cogió mi globo terráqueo y se sentó frente a mí, haciendo que los océanos dieran vueltas y más vueltas en su regazo. Yo la miraba y no podía pensar con claridad. Es la forma que tiene de moverse, la forma que tiene de mirarte. Creo que su acento inglés también ayuda.

—Siete años—asintió ella. Luego me preguntó qué tal me había ido. De forma totalmente despreocupada, como si ya supiera lo que iba a contestar.

—Como siempre. Enamorado de ti, Mary—le dije. ¿Por qué diablos tenía que decirle eso? Creo que ni siquiera era verdad. Pero cuando está cerca siento que tengo que intentarlo. Creo que resultaría interesante si me creyera.

—¿En serio?—preguntó.

—En serio. Eres la única chica que cuenta para mí.

—La única chica que cuenta para ti—dijo, y lanzó una carcajada mirando al techo.

—No te prives, anda, ríete, hieres mis sentimientos..., ya sé que no te importa—dije con voz lastimera, divirtiéndome.

—¡Oh!, tus *sentimientos...*, está bien. Profundicemos un poco en el asunto, señor Fox. ¿Me querrías si yo fuera tu marido y tú fueras mi mujer?

—Eso es una tontería.

—¿Me querrías a pesar de todo?

—Bueno, sí, creo que funcionaría.

—¿Me querrías si... los dos fuéramos hombres?

—Esto..., supongo que sí.

—¿Y si fuéramos mujeres?

—Por supuesto.

—¿Y si yo fuera una bruja?

—Eres lo suficientemente encantadora tal como eres.

—¿Y si tú fueras mi madre?

—¡Basta!—dijo—. Estoy loco por ti, ¿está claro?

—No, tú no me quieres—dijo Mary. Se desabrochó el vestido y mostró el cuello—. Esto es lo que quieres. —Se lo desabrochó aún más y se levantó los pechos con ambas manos. Se levantó la falda por encima de las rodillas, más arriba de los muslos, y más arriba aún, y ambos nos quedamos mirando la tersura y suavidad de su piel, los volantes de encaje—. Esto es lo que amas—dijo.

Asentí con la cabeza.

—Esto es todo lo que amas—dijo, estirando su propio pelo, abofeteando su propia cara. Si no hubiera sido por la serenidad de sus ojos, habría pensado que se había vuelto loca. Me levanté para detenerla, pero en el momento en que lo hice, ella se detuvo voluntariamente.

—Yo no te quiero así. Tienes que cambiar—dijo.

La sinfonía terminó. Fui al gramófono y la puse de nuevo.

—¿Tengo que cambiar? ¿Significa eso que quieres oírme decir que te quiero por tu...—no pude evitar sonreír con aire de suficiencia—alma?

—No tiene nada que ver con eso. Sencillamente tienes que cambiar. Eres una mala persona.

Esperé un momento para ver si ella hablaba en serio y si tenía algo que añadir. Sí, hablaba en serio, y no, no tenía nada que añadir. Me lanzó una mirada, fría como la escarcha, como si me odiara. Me puse a silbar.

—¿Que soy una mala persona? ¿Eso es lo que piensas? Voy a la iglesia casi todos los domingos, Mary. Doy unas monedas a los mendigos. Pago mis impuestos. Y cada Navidad envío un cheque a la obra benéfica favorita de mi

madre. ¿Dónde está la maldad? En ninguna parte, ésa es la verdad.

La puerta de mi estudio seguía abierta y presté atención por si oía a mi mujer. Mary se volvió a poner bien la ropa para tener un aspecto respetable. Hubo un silencio breve pero denso, que Mary rompió diciendo:

—Matas mujeres. Eres un asesino en serie. ¿Puedes entender eso?

—¡Por todos los...!

Me había cogido totalmente desprevenido.

Se acercó a mi escritorio, tomó una de mis libretas de notas y leyó unas cuantas líneas para sí.

—¿Me puedes decir por qué es necesario que a Roberta le corten una mano y un pie con una sierra y se desangre hasta morir en el altar de la iglesia?—Hojeó un par de páginas más—. Sobre todo teniendo en cuenta que este otro relato termina con Louise cayendo al suelo acribillada a balazos porque los rebeldes de las montañas la han confundido con el traidor de su hermano. Y ¿es necesario que la señora McGuire se cuelgue del pomo de una puerta porque teme lo que le hará el señor McGuire cuando llegue a casa y descubra que se le ha quemado la cena? Del pomo de una puerta... ¿Es realmente necesario, señor Fox?

Me encontré a mí mismo sonriendo abiertamente—todo lo contrario de lo que quería que hiciera mi rostro. Desdeñoso y duro, le dije a mi rostro. Desdeñoso y duro. No avergonzado...

—No tienes sentido del humor, Mary—dije.

—Tienes razón—respondió ella—. No lo tengo.

Lo intenté de nuevo:

—Es ridículo preocuparse tanto por el contenido de la ficción. No es real. Vamos, no te pongas así. No son más que juegos.

Mary se enroscó un mechón de pelo en el dedo.

—Veamos..., cómo es... Soñamos y es bueno estar soñando. Sufriríamos si estuviéramos despiertos. Pero como

es un simple juego, mátennos. Y que chillen, ya que jugando estamos...[1]

—Yo no podría haberlo dicho mejor.

—¿Qué harías por mí?—preguntó.

La miré detenidamente. Parecía hablar completamente en serio. Estaba haciendo una oferta.

—Mataría un dragón. Diez dragones. Cualquiera cosa—dije.

Ella sonrió.

—Me alegro de que me sigas la corriente. Es una buena señal.

—¿De veras? Por cierto, ¿de qué estamos hablando exactamente?

—Limítate a ser flexible—dijo ella. Al parecer yo había aceptado algún desafío. Pero no tenía ni idea de qué se trataba.

—Lo tendré en cuenta. ¿Cuándo empezamos con este asunto?

Ella se acercó más.

—Ahora mismo. ¿Asustado?

—¿Yo? No.

Lo más absurdo es que, en realidad, me puse nervioso, al menos un poco. De repente su mano estaba en mi cuello. El gesto era tierno, lo cual, viniendo de ella, resultaba aún más preocupante. Puse mi mano sobre la suya; creo que estaba intentando liberarme.

—¿Preparado?—dijo ella—. ¡Ya!

DOCTOR LUSTUCRU

La esposa del doctor Lustucru no era especialmente habladora. Pero, de todos modos, él le cortó la cabeza, pensando que se la podría volver a colocar cuando quisiera para que hablara de nuevo.

¿Cuánto tiempo hacía que estaba loco el doctor? No lo sé. Bastante, supongo. No importa. No era más que un médico de cabecera.

Llevó a cabo la decapitación de la forma más limpia posible, y después puso orden a toda prisa. A continuación, Lustucru guardó el cuerpo y la cabeza en una habitación desamueblada que la pareja había esperado utilizar como cuarto de los niños. Luego siguió con sus tareas cotidianas como si nada.

La esposa del doctor había sido una buena mujer, de modo que su cuerpo permaneció intacto y no despidió olor a descomposición.

Al cabo de una semana, al viejo Lustucru le dio por pensar que echaba de menos a su mujer. Nadie le calentaba las zapatillas... En el cuarto de los niños, volvió a colocarle la cabeza a su mujer, pero por supuesto no quedaba bien puesta así como así. Fue a buscar los instrumentos de sutura. No hizo falta. El cuerpo levantó las manos y se recolocó la cabeza en el cuello. Los ojos de la mujer pestañearon y su boca dijo: «¿Crees que habrá otra guerra? No es muy probable, después de los daños generalizados de la Gran Guerra. ¿Crees que habrá otra guerra? No es muy probable, después de los daños generalizados de la Gran Guerra. ¿Crees que...?». Y así sucesivamente.

Perturbado por lo ocurrido, el doctor trató de quitarle de nuevo la cabeza a su esposa. Pero el cuerpo no estaba dispuesto y se resistía denodadamente. ¡Vaya lío! Se vio obligado a dejarla allí, encerrada en el cuarto de los niños, planteando y respondiendo una y otra vez la misma pregunta.

La noche siguiente, ella rompió una ventana y se escapó.

Lustucru comprendió entonces que se había portado mal con la mujer. Permaneció despierto durante largas noches, temiendo su regreso. Lo que más le obsesionaba era la idea de que su venganza sería rápida, que moriría repentinamente sin tener un momento para comprender lo que pasaba. Con esa idea en mente, no preparó una defensa verbal de su conducta. Finalmente, su miedo alcanzó un punto crítico que le permitía vivir. De hecho, llegó a convertirse en su apoyo y le curó de su locura, problema que ni siquiera sabía que tenía. Después de varios meses no quedaba más rastro de su horror que un latido ligeramente más rápido de lo normal. Toda su vida, el viejo Lustucru se preparó para recibir de nuevo a su mujer, para responderle. Pero nunca tuvo ocasión.

—¡Eh...! ¿Qué está pasando aquí?—pregunté. Habíamos cambiado de posición. Yo estaba despatarrado sobre una silla, como si me hubiera caído. Suponía que estábamos todavía en mi estudio, pero no podía decirlo con seguridad, porque las manos de Mary apretaban firmemente mis párpados.

—¿Mary?

No respondió.

—¿Qué está pasando?—pregunté de nuevo.

—Mejor que no me mires en este momento—dijo ella.

—¿Estás bien?

—¿Tú qué crees, después de lo que has hecho, pedazo de *bruto*?

—¿Estás diciendo que éramos nosotros? ¿Realmente nosotros? ¿Tú y yo? ¿El doctor y su esposa?

—Sí, sí—dijo ella muy seca—. Sólo necesito un par de minutos, si no es pedir demasiado.

Silbé «I Can't Get Started» hasta que caí en la cuenta de lo que ella estaba diciendo. Es mi canción recurrente, mi refugio durante muchas horas muertas. Experimenté con la longitud de las notas, alargando un par de compases por aquí, acelerando otro par de compases por allá, rápido, lento, rápido, rápido, lento, lento, lento. El temblor en las manos de Mary me dijo que se estaba riendo en silencio. Era tranquilizador. Me detuve a la mitad de la tercera interpretación para preguntar si ya podía mirarla.

—No, mejor que no.

No necesitó decirme que las cosas andaban mal. Digámoslo de este modo: ella estaba cerca, justo enfrente de mí, pero su voz procedía de otra dirección completamente distinta, a mi izquierda.

—Escucha, ¿cómo hemos podido...? Quiero decir, ¿cómo ha podido ocurrir?, ¿cómo lo hemos hecho?, ¿cómo es siquiera posible que lo hayamos hecho juntos?

—Es todo muy técnico—dijo ella altaneramente—. Posiblemente no lo entenderías.

—Inténtalo.

—La verdad, creo que no es un buen momento.

Eché de menos sus manos cuando las retiró.

—¡No mires! Lo digo en serio—me advirtió.

Al cabo de un momento, escuché un ruidito seco y ella lanzó un grito ahogado. Mantuve los ojos cerrados.

—Mary, simplemente es lo que pasaba en el relato. No sabía que éramos nosotros. Tal vez si me lo hubieras explicado con antelación...

—Oh, ya lo sabías. Desde luego que sí. —Su voz sonaba apagada.

—Pero no te preocupes. Me viene bien que hayas sido el primero. La siguiente jugada es mía y puedes estar seguro de que no te va a gustar.